

—No, hasta la vista general.

Fugeret sintió una conmoción, como si un hilo cargado de electricidad le hubiera tocado, y moviendo la cabeza repitió tristemente:

—No más bien. ¡Adios!

Salió seguido por las dulces miradas de Aura, que le decía:

—¡Tened esperanza!

XVI

Acorralado.

El subjefe de la Seguridad no había llegado todavía á los más altos puestos de la escala policiaca.

Pero pensaba llegar pronto.

Por el momento reemplazaba á un superior que estaba gravemente enfermo.

La carta de la querida del barón Saint-Aubin le hizo temblar de alegría.

Ella ponía entre sus manos todos los secretos del aventurero.

Sorprendida gracias á uno de los procedimientos familiares, á los de la calle de Jerusalem, y que no necesitan ni la mirada del águila ni el genio de los grandes capitanes, le descubría misterios que él no hubiera podido descubrir jamás sin ella.

Los celos de una mujer habían bastado para echar por tierra las combinaciones de un hombre poderosamente organizado para el crimen y perderle.

A partir de aquel momento, el asunto debía marchar viento en popa, además presentaba tantas menos dificultades, cuanto que el barón

no sospechaba la traición de que había sido víctima.

Pocas horas después, la prensa parisiense estaba inundada de informes oscuros, anunciando primero que la joven á quien se había supuesto culpable era perfectamente inocente, que acababan de ponerla en libertad y que gracias á ella estaba la policía sobre las huellas de los culpables.

Después hablaban de los detalles de la desaparición del pasante Bernardo Chavarux, de quien se habían ocupado ligeramente hasta entonces.

El agente que conocía el contenido de la carta de Olimpia Andral quería guardar para sí todos los honores del descubrimiento y se proponía no decir nada sino en caso absolutamente necesario. Era preciso temporizar y callar, á fin de permitir á los agentes de Londres echar mano á los falsificadores y apoderarse del material de que se habían servido para llegar á tan perfecta imitación.

El, entretanto, no perdía tiempo.

Para ocupar sus ocios se dedicaba á ciertas pesquisas, que tenían por objeto desorientar al verdadero culpable, es decir, al barón de Saint-Aubin.

Pero no por eso estaba menos vigilado. Si hubiese estado en su estado normal, se hubiera fijado en que no podía salir de su hotel ni dar un paso sin ser acompañado de cierto paseante sospechoso que por casualidad sin duda seguía invariablemente el mismo camino que él.

Si tomaba un coche ó salía en el suyo, se encontraba siempre con un coche de alquiler tirado por un excelente caballo que rivalizaba

en rapidez con el suyo y se detenía en el mismo sitio.

Si desde las ventanas de su hotel hubiera mirado á la calle, hubiera visto uno ó dos paseantes contemplando las bellezas de la avenida y que no perdían de vista la puerta cochera.

Esta vigilancia había comenzado hacía dos días.

De las gentes del barón nadie sospechaba lo más mínimo, á excepción de Piriac, que comenzaba á abrir el ojo.

Como consecuencia de estas observaciones, Piriac estaba extraordinariamente pensativo.

El aspecto del antiguo compañero de regimiento le admiraba también.

Cuanto más le observaba, más desconocido le encontraba.

Al día siguiente de aquel en que Magdalena había encontrado á su hija en la terrible prisión de San Lázaro, el barón, encerrado en su cuarto del primer piso del hotel, tranquilo en apariencia, pero con el alma llena de los más negros presentimientos, recorría los periódicos, cuya lectura parecía tener para él mayores atractivos después del asunto del puente de la Tournelle.

Serían las cinco de la tarde.

En uno de los periódicos que acababan de salir leyó lo siguiente:

«La seguridad, cuya dirección está desde hace algunos días entre las manos de un hombre dotado de la más rara inteligencia, acaba de descubrir en el domicilio del pasante del señor Merlin Bernardo Chavarux, de cuya desaparición hemos dado ya interesantes detalles, do-

cumentos que arrojan nueva luz sobre las causas de esta desaparición que debe ser atribuida sin vacilación á un crimen. Y aun parece que este crimen tiene íntima relación con el asesinato del marqués de Caylus.

»Nos dicen también, pero á última hora, demasiado tarde para que podamos comprobar la exactitud de estos informes, que la joven de cuyo arresto habíamos dado cuenta, sin poner más que sus iniciales y que vivía honradamente de su trabajo, pertenece á una de las familias más distinguidas y es la heredera de un número respetable de millones, lo que explica la avaricia de que era objeto y la trama en que ciertos intrigantes, que serán inevitablemente descubiertos, intentaban envolverla.

»La instrucción de este asunto, confiada como ya sabemos á un joven magistrado de gran porvenir, el Sr. Marcelo Danglas, toca á su fin, la justicia tiene entre sus manos el hilo de esta extraordinaria y tenebrosa intriga.

»Añadamos, por fin, que ha servido para descubrir un fraude gigantesco cuyos autores, á pesar de todas las pesquisas hechas hasta ahora, no habían podido ser descubiertos.

»Dentro de poco tendremos la satisfacción de ver á esos malhechores en prisión y su arresto producirá una verdadera admiración en los círculos y los boulevares.

»Desde ahora podemos asegurarlo.»

Al volver á leer estas líneas, que no podían haber sido comunicadas más que por la policía, el barón se puso lívido como si hubiera sentido ya en su cuello el frío de la cuchilla de la guillotina.

Para que la policía se atreviese á hablar tan

claramente era preciso que estuviese segura de lo que decía, segura también de que el criminal, á quien no temia prevenir, no pudiese escapar.

Entonces se apoderó de él un temblor convulsivo.

Aquello era el fin, el descubrimiento de los asesinatos que él había creído tan bien ocultos y se preguntaba de donde venía el golpe.

Estaba aterrado.

No se atrevía á salir ni aun para ir á casa de Olimpia que estaba irritada por su ausencia.

Se contentaba con escribirla excusándose con que tenía necesidad de tranquilidad y retiro.

Apenas se le veía en el Círculo.

Con ansiedad febril leía todos los periódicos, encontrando por todas partes los mismos detalles, notas que provenian de la Prefectura y redactadas con intención para engañar á los culpables y asustarlos ó tranquilizarlos según conviniese.

La última le aterrorizó.

Hasta entonces habia conservado una esperanza vaga.

Todo habia concluido.

En aquella nota todo le acusaba, todo le designaba con tanta claridad como si su nombre hubiera estado impreso con todas sus letras.

Por primera vez en su vida tuvo un desfallecimiento.

La serenidad le abandonó, se sintió acorralado.

De pronto le ocurrió una idea.

¡Huir!

No le quedaba más medio de salvación

Llamó.

Piriac no estaba lejos.

El tambien examinaba los periódicos con una ansiedad que no confiaba á nadie.

En el momento en que sonó la campanilla el bravo breton entreveía una parte de la verdad.

La nota que espantaba á su amo habia hecho que el sudor brotara en su frente cuando la leyó.

Chavarux desaparecido, el marqués de Caylus muerto á manos de un asesino le asustaban

Cuando entró en la habitación del barón, estaba tembloroso.

Y lo que hasta entonces no habia sido para él más que una duda, se convirtió en una certeza.

Saint-Aubin, que estaba desencajado, le dijo con dureza:

—Mi maleta... al instante... algunos objetos solamente... lo necesario...

—¿Partís?

—Es preciso... por algunos días.

—¿A dónde váis?

—A Londres tal vez... adonde pueda...

—¡Ah!

—No hay un instante que perder.

—¿Y si es demasiado tarde?—exclamó Piriac.

—¿Demasiado tarde?—replicó maquinalmente Saint-Aubin.—¿Y por qué?

Piriac se dirigió á una de las ventanas, levantó la cortinilla é hizo seña al barón, que se aproximó.

Y entonces, dejando de hablarle con las formas á que estaba habituado, pero con tono lleno de amistad y de composición, le dijo:

—Mira.

—¿A dónde?

—¡Allí!

Con el dedo indicó dos hombres mal vestidos, como dos cesantes, que paseaban, fijando sus ojos en la fachada del hotel.

—Van á alejarse—murmuró el barón sin convicción.

Piriac movió la cabeza.

—No—dijo.

—¿Entonces es por mí por quien están ahí?

—Lo temo.

—Tal vez te engañas... Voy á intentar... Mi maleta.

Piriac le puso una mano sobre el hombro.

—Entonces, ¿es verdad?—preguntó.

—¿Qué?

—¿Eres culpable?

Saint-Aubin respondió vivamente:

—¿Qué te importa, si tú no lo eres!

—¿Qué vas á hacer?

—Partir.

—¿Para dónde?

—Ahora sale el tren del Havre... pero primero quiero ver... Haz que enganchen...

Piriac repuso:

—¿Tienes dinero?

—Sí.

—El mio está á tu disposición... Todo el que tengo.

—Es inútil... Si salgo bien, te escribiré.

El bretón miró frente á frente á su antiguo compañero, y con voz ahogada le preguntó:

—A mí puedes decírmelo todo... ¿Qué es lo que hay?

—Nada, sino que estoy perdido..

—¿Sin remedio?

—A menos que pueda ganar el mar... embarcarme.

Saint-Aubin añadió sécamente:

—Basta de preguntas, ¿entiendes?... Jugué... perdí. Me queda una última carta. Si es buena, tanto mejor... Si no, veré... Ve.

Piriac estaba desesperado.

A pesar de la evidencia, había querido dudar. Ahora esto era imposible.

Dió sus órdenes.

El cochero enganchó y el barón bajó de su habitación.

—Monta—ordenó á Piriac, que le seguía con una maleta en la mano.

Subió al coche y ordenó al cochero:

—Estación de San Lázaro.

Se abrió la puerta.

Los dos hombres que antes habian visto no se habian separado de allí.

Uno de ellos hizo seña á un cochero que estaba parado con su coche delante de la casa de los Chagny.

El coche, tirado por un caballito rojo, de orejas cortas, de patas secas, que no tenía más que la piel y los huesos.

Los dos hombres se metieron en aquel coche, que salió en seguida detrás del cupé.

El cochero no necesitaba órdenes.

Las habia recibido ya.

El cupé subió la avenida del Bosque.

El caballito delgado hizo lo mismo.

El cupé bajó la avenida de Frieland y ganó el boulevard Haussmann á gran paso.

El caballito le siguió á poca distancia.

El cupé tomó por la calle de la Pepinière.

El coche de alquiler llegó á la estación al mismo tiempo que el cupé.

Piriac había observado la maniobra.

—Alcanzados—dijo viendo á los dos individuos que subían la escalera detrás de ellos.

—¡Perdido!—murmuró Sain-Aubin.

Había dejado la maleta en el coche.

No se acercó al despacho de billetes.

Comprendía que era inútil, porque al menor movimiento que hiciera para acercarse al tren que estaba maniobrando dispuesto á partir, los vigilantes le hubieron echado la mano al cuello.

— Por cubrir las apariencias, pidió algunos informes á un empleado que estaba en la puerta y volvió á tomar el camino por donde había venido.

Entonces comenzó de nuevo la excursión por París.

El aventurero no tenía más que algunos minutos de libertad ante él.

Le habían hecho traición, estaba seguro de esto.

¿Pero quién?

Una furiosa cólera se apoderó de él.

De pronto pensó en Olimpia Andral.

Pero retrocedió ante aquella idea, tan monstruosa le parecía.

Piriac que le observaba le vió palidecer de improviso.

¡Su carta!

La olvidaba, aquella carta que los periódicos habían publicado, que les había sido entregada por gentes que hacen dinero de todo, la declaración dirigida á Aurora, encontrada en casa de ella y en la que la decía que estaba

dispuesto á casarse con ella, que la amaba con locura, que no amaba á nadie más que á ella.

Olimpia había podido leerla como todo el mundo, y Saint-Aubin sabía que era sumamente celosa.

Desde hacía cuarenta y ocho horas le llamaba con insistencia.

Había ido á su hotel mientras él estaba ausente.

El barón dijo á Piriac:

—Quédate en el hotel.

—¿Y tú?

—Tengo que hacer.

—¿A dónde vas?

—A casa de Olimpia.

—¿Solo?

—Sí, solo.

—Pero...—exclamó el Bretón, inquieto.

Saint-Aubin le estrechó la mano, diciéndole:

—¡Eres un valiente, y tú no dejas á un amigo en el peligro, pero no temas nada!

Se bajó del coche y se dirigió hacia la avenida de Victor-Hugo.

El coche de alquiler se había parado como el cupé, sin tomarse el trabajo de disimular la maniobra.

Uno de los agentes se apeó, y después de haber hablado con su compañero, echó á andar detrás del barón, que iba con el aire más tranquilo del mundo.

El orgullo le sostenía.

El agente le seguía jugando con el bastón y tarareando una canción muy en boga.

Cuando Sain-Aubin se paró delante de la casa de su querida, el hombre hizo lo mismo á

pocos pasos del barón, y pareció abismado en la contemplación del escaparate de un farmacéutico.

El barón entró en la casa.

Inmediatamente el agente entró detrás de él y, dirigiéndose á la portera, preguntó:

—Decidme: ¿tiene esta casa más de una salida?

—A menos que se agujere una pared, no se puede salir más que por ahí—dijo mostrando la escalera.

—Bueno—dijo el agente.

Encendió un cigarro y salió á la calle.

El barón subió la escalera.

Cuando llegó al tercer piso se detuvo ante una puerta de dos hojas y llamó.

Una criada salió á abrirle.

—¿Olimpia?—preguntó.

—La señora está ahí—contestó la criada indicando la puerta de la sala.

Saint-Aubin empujó la puerta con gesto brusco y entró.

XVII

Ruptura de amantes.

Olimpia estaba en su habitación como un viajero entre sus maletas, esperando el ómnibus.

Al ver á su amante se levantó del divan en que estaba tendida, y le salió al encuentro diciéndole:

—¡Por fin, tú!

Saint-Aubin pareció olvidar su crítica situación y la miró un instante con admiración,

Ella, siempre tan cuidadosa de su persona, tan deseosa de agradarle, se cuidaba poco ahora de esto.

Se había peinado de cualquier modo: su ancho peinador, mal atado alrededor de su cintura, atestiguaba un descuido á que el barón no estaba acostumbrado; una de sus medias caía en espiral sobre una zapatilla deteriorada.

El barón cogió á Olimpia por el brazo y empujándola hacia el diván de que acababa de levantarse:

—Siéntate ahí—dijo—vamos á hablar.

Olimpia no pareció sorprendida.

Se sentó, sin decir una palabra, con el corsé desabrochado, y se recostó con la cabeza apoyada en uno de sus brazos.

En verdad que era una de esas cuya escultural belleza apasiona á los hombres y parece indestructible.

Saint-Aubin dejando á un lado el asunto que allí le llevaba, dijo:

—¡Estás siempre magnífica!

—¿Eso te parece?

—Perfectamente. Y me admiro de que no haya habido algún gran artista que te haya ofrecido una fortuna.

—¿Por qué?

—Nada más que por servirle de modelo.

—En otros tiempos... hace mucho, lo hicieron... cuando era joven.

—¿Y?

—No quise.

—¿Por qué?

—Porque no me gustaba: ahora es esa una idea que no ocurrirá á nadie.

—Pero...